

trias, la Roma antigua y el París moderno.

—A Dios gracias estais libre aun, me dijo Carini, añadiendo:—El golpe de Estado se dió de un modo formidable. La Asamblea está sitiada; vengo de allí. La plaza de la Revolución, los muelles, las Tullerías, los boulevares están llenos de soldados que llevan la mochila á la espalda; las baterías están enganchadas. Si hay lucha será terrible.

—Habrà lucha, le respondí. Habeis demostrado que los coroneles saben escribir como poetas; ahora toca á los poetas luchar como coroneles.

Entré en el cuarto de mi mujer, que no sabia nada, y estaba en la cama leyendo tranquilamente un periódico.

Tomé 100 francos en oro. Puse en la cama de mi mujer una caja que contenia 900 francos, que constituia todo mi caudal, y la referí lo que sucedia.

—Qué vas á hacer? me preguntó pali-deciendo.

—Cumplir mi deber.

Me abrazó, pronunciando esta sola palabra:

—Cúmplelo.

Me senté á almorzar y solo comí una chuleta; mientras, entró mi hija. Al ver el cariño con que la besaba, conmovida me preguntó:

—Pues qué sucede?

—Tu madre te lo explicará, la dije.

Salí de casa.

La calle de la Tour d' Auvergne estaba tranquila y desierta como de ordinario. Cerca de la puerta de mi casa habia cuatro obreros conversando, que me saludaron. Yo les dije:

—Sabeis lo que sucede?

—Lo sabemos.

—Pues bien; eso es una traicion. Luis Bonaparte ahoga á la República. Ataca al pueblo, y el pueblo es preciso que se defienda.

—El pueblo se defenderá.

—Melo prometéis?

—Sí.

—Os lo juramos, añadió uno de ellos. Cumplieron su palabra.

En mi calle, calle de la Tour d' Auvergne, en la calle de los Mártires, en la Cité, en la de Rodier, en la de Coquenard y en la de Nuestra Señora de Loreto se levantaron barricadas.

VI.

Los carteles.

Quando me separé de aquellos valientes trabajadores leí en la esquina de mi calle y en la de los Mártires los tres infames carteles que la noche anterior se habian fijado en las esquinas de París.

Hélos aquí:

“PROCLAMA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

Llamamiento al pueblo.

„Franceses!

„La situacion actual no puede prolongarse más tiempo. Cada dia que pasa se agravan los peligros de la nacion. La Asamblea, que debia ser el apoyo más firme del orden, se ha convertido en un foco de complots. El patriotismo de trescientos miembros no ha bastado para detener sus fatales tendencias. En vez de redactar leyes de interés general, forja armas para la guerra civil, atenta contra los poderes que el pueblo directamente me ha conferido, excita las malas pasiones y compromete el reposo de la Francia: disuelvo la Asamblea, haciendo juez al pueblo entero para que elija entre su causa y la mía.

„Sabeis que se ha formulado la Constitucion con el objeto de debilitar anticipadamente el poder que íbais á confiarle. Seis millones de votos fueron la brillante protesta contra esa Constitucion, que, sin embargo, he observado con fidelidad, encontrándome impasible las provocaciones, las calumnias y los ultrajes. Pero hoy, que no han respetado el pacto fundamental los que sin cesar lo invocan; hoy, que los hombres que han perdido dos monarquías quieren atarme las manos con la idea de trastornar la República, es mi deber destruir sus perdidos proyectos, mantener la República y salvar al pais, invocando el fallo solemne del único soberano que reconozco en Francia: del pueblo.

„Así, pues, hago leal llamamiento á la nacion y la digo: Si quereis que continúe el estado de malestar que nos degrada y que compromete nuestro porvenir, buscad quien me reemplace, porque no quiero ser responsable de un poder impotente para el bien, de un poder que me hace responder de actos que no puedo impedir, de un poder que me en-

cadena al timon cuando veo que la nave se hunde en el abismo.

„Si todavía os inspiro confianza, es indispensable que me deis, medios para que pueda cumplir la gran mision con que me habeis investido.

„Consiste esta mision en cerrar la era de las revoluciones, en satisfacer las necesidades legítimas del pueblo y en protegerle contra las pasiones subversivas; consiste, sobre todo, en crear instituciones que sobrevivan á los hombres y que tengan bases sobre las que asentar algo durable.

„Persuadido de que la inestabilidad del poder y de que la preponderancia de una sola Asamblea son causas permanentes de perturbaciones y de discordias, someto al sufragio universal las siguientes bases de una Constitucion que las Asambleas desarrollarán á su tiempo:

„1.^a Un jefe responsable nombrado para diez años;

„2.^a Ministros que dependan exclusivamente del Poder ejecutivo;

„3.^a Un Consejo de Estado compuesto de hombres eminentes, que preparen las leyes y sostengan la discusion en el Cuerpo legislativo;

„4.^a Un Cuerpo legislativo que discuta y vote las leyes, nombrado por sufragio universal, pero sin votacion nominal, que falsea la eleccion;

„5.^a Constituir una segunda Asamblea, compuesta de los hombres ilustres del pais, que sirva de poder moderador, que guarde el pacto fundamental y las libertades públicas.

„Este sistema, que creó á principios del siglo el primer cónsul y que dió á la Francia prosperidad y reposo, puede dárselos tambien ahora.

„Tal es mi conviccion profunda. Si opinais como yo, declarádmelo por medio del sufragio; si, por el contrario, preferís un gobierno sin fuerza, sea monárquico ó republicano, copiado de no sé qué pasado ó no sé qué porvenir quimérico, respondedme negativamente.

„Por primera vez, desde 1804, votareis con pleno conocimiento de causa, sabiendo bien para quién y por qué.

„Si no obtengo la mayoría de vuestros sufragios, provocaré la reunion de una nueva Asamblea, ante la que resignaré el poder que pusísteis en mis manos.

„Pero si creéis que la causa que simboliza mi nombre, es decir, Francia regenerada por la Revolución del 89 y organizada por el emperador, es tambien

vuestra causa, proclamadlo consagrando los poderes que yo reclamo.

„Entonces, Francia y Europa podrán preservarse de la anarquía, se allanarán los obstáculos y desaparecerán las rivalidades, porque todos respetarán en el fallo del pueblo los decretos de la Providencia.

„Dado en el palacio del Eliseo el 2 de Diciembre de 1851.

LUIS NAPOLEON BONAPARTE.

“PROCLAMA

del Presidente de la República al ejército.

„Soldados!

„Enorgulleceos de vuestra mision; salvareis la patria, porque yo cuento con vuestro apoyo, no para violar las leyes, sino para que se respete la primera de ellas, la soberanía nacional, de la que soy el legítimo representante.

„Hace mucho tiempo que sufrís como yo los obstáculos que se oponen al bien que deseo practicar y á las demostraciones de simpatía que os inspiro; pero estos obstáculos han desaparecido.

„La Asamblea, que pretendió atentar contra la autoridad que de la nación entera he recibido, no existe ya.

„Hago leal llamamiento al pueblo y al ejército para decirles:—Concededme los medios de asegurar vuestra prosperidad, ó elegid otro representante que me reemplace.

„En 1830, como en 1848, os han tratado como á vencidos. No contentos con zaherir vuestro desinterés heroico, han desdeñado consultar vuestra opinión, cuando sois la esencia de la nación. En estos momentos solemnes deseo que se oiga la voz del ejército.

„Votad, pues, libremente como ciudadanos y al mismo tiempo como soldados, y no olvideis que la obediencia pasiva á las órdenes del jefe del gobierno es deber riguroso en el ejército, desde el general hasta el soldado.

„Me incumbe adoptar las medidas que crea indispensables para asegurar el bien público, ya que soy responsable de mis actos ante el pueblo y ante la posteridad.

„Vosotros permaneced constantes á las reglas de la disciplina y del honor, y contribuya vuestra actitud imponente á que el pais manifieste su voluntad con reflexión y tranquilo.

„Estad preparados para reprimir cualquier tentativa contra el libre ejercicio de la soberanía nacional.

„Soldados: no os hablaré de los recuerdos que mi nombre despierta, porque esos recuerdos están grabados en vuestros corazones. Nos unen lazos indisolubles y vuestra historia es la mia. En el pasado hay entre nosotros comunidad de glorias y de desgracias.

„Debe haber en el porvenir comunidad de sentimientos y de resoluciones para asegurar el reposo y la grandeza de Francia.

„Dado en el palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

„Firmado: L. N. BONAPARTE.”

„En nombre del pueblo francés.

„El Presidente de la República decreta:

„Artículo 1.º Queda disuelta la Asamblea nacional.

„Art. 2.º Queda restablecido el sufragio universal y se deroga la ley del 31 de Mayo.

„Art. 3.º Se convoca al pueblo francés á que asista á sus comicios desde el 14 de Diciembre hasta el 21 del mismo mes del año próximo.

„Art. 4.º Se declara en estado de sitio el territorio de la primera division militar en toda su extension.

„Art. 5.º Queda disuelto el Consejo de Estado.

„Art. 6.º El ministro del Interior se encargará de la ejecucion del presente decreto.

„Dado en el palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

„LUIS NAPOLEON BONAPARTE.

El ministro del Interior,
DE MORNAY.

VII.

Calle Blanche, núm. 70.

Es difícil encontrar la Cité Gaillard. Es una callejuela desierta del barrio nuevo que separa la calle de los Mártires de la calle Blanche; pero sin embargo, yo la encontré. Cuando llegué al número 4, Ivan salió por la puerta-cocina y me dijo:—Estoy aquí para avisaros. La policía vigila esta casa; Michel os espera en la calle Blanche, núm. 70, á pocos pasos de aquí.

Conocia la citada casa por vivir allí Manin, el memorable presidente de la República veneciana, pero no era en su casa donde nos debíamos reunir.

La portera del núm. 70 me encaminó

al primer piso. La puerta se abrió, y una mujer de cuarenta años, bella y con cabello gris, que era la señora baronesa Coppens, que conocí por haberla visto en algunas reuniones y en mi casa, me introdujo en el salon.

En él estaban Michel de Bourges y Alejandro Rey, antiguo constituyente, elocuente escritor y hombre de valor. Entonces redactaba *El Nacional*.

Nos estrechamos las manos.

Michel me preguntó:

—Hugo, qué vamos á hacer?

—Todo lo que sea necesario, respondí.

—Esa es tambien mi opinion, dijo.

Llegaron varios representantes, entre otros Pedro Lefranc, Labrousse, Theodoro Bac, Noel Parfait, Arnauld de la Arrieze, Demósthene Ollivier, antiguo constituyente, y Charamaule. La indignacion era profunda é indescriptible, pero no se pronunciaban allí palabras inútiles. Todos sentian la cólera viril de la que surgen las grandes resoluciones. Se expuso la situacion y cada cual comunicaba sus noticias. Charamaule demostró desde los primeros momentos mucho valor, que no desmintió durante los cuatro dias que duró la lucha. Era un hombre de elevada estatura, de semblante enérgico, de palabra vigorosa, que votaba con la izquierda, aunque se sentaba en la derecha. En la Asamblea ocupaba un sitio entre Montalembert y Riancey. Algunas veces disputaba con ellos acaloradamente. Charamaule acudió á la reunion vestido con una especie de gaban militar de paño azul y armado, como supimos más tarde.

La situacion era grave; diez y seis representantes presos, todos los generales de la Asamblea, y Charras, que valia más que un general; suprimidos todos los periódicos, ocupadas militarmente todas las imprentas. Supeditado á Bonaparte un ejército de ochenta mil hombres, que podia aumentarse en pocas horas. El telégrafo á sus órdenes. Todas las esquinas llenas de proclamas, y nosotros sin una caja para poder imprimir una cuartilla de papel; el pueblo engañado y desarmado, sin medios de revelar nuestra protesta y sin medios para comenzar el combate. El golpe de Estado estaba acorazado y la República desnuda; el golpe de Estado tocaba la bocina y la República tenia puesta la mordaza.

Qué hacer? Mandaban los generales de Africa la razzia contra la República, contra la Constitucion, contra la Asamblea, contra el derecho, contra la

ley, contra el progreso y contra la civilizacion. Los bravos acababan de probar que eran cobardes, pero tomaron bien las precauciones; solo el miedo pudo inspirarles tanta habilidad. Consiguieron prender á todos los hombres de armas de la Asamblea y á todos los hombres de accion de la izquierda, á Baudne, á Carlos Lagrange, á Miot, á Valentin, á Nadaud y á Cholat. Además, estaban presos todos los jefes posibles de barricadas. Los forjadores de la alevosía se olvidaron intencionadamente de Julio Favre, de Michel de Bourges y de mí, juzgándonos más hombres de tribuna que de accion, queriendo dejar en la izquierda hombres capaces de resistir, pero incapaces de vencer, para deshonrarnos si no combatíamos y para fusilarnos si queríamos combatir.

Abrióse la discusion. Iban entrando en la sala otros representantes; acudieron Edgar Quinet, Doutre, Pelletier, Cassal, Bruckner, Baudin, Chauffour.

Yo hablé el primero, declarando que era preciso entablar la lucha inmediatamente y devolver golpe por golpe. Que, segun mi opinion, los ciento cincuenta representantes de la izquierda debian ponerse las bandas, salir procesionalmente por las calles y por los boulevares y llegar hasta la Magdalena gritando: Viva la República! ¡Viva la Constitucion! Presentarnos al frente de las tropas solas, serenos y sin armas é intimarles que obedeciesen al derecho. Si las tropas cedian poniéndose de nuestra parte, volver á la Asamblea y acabar con Luis Bonaparte. Si los soldados ametrallaban á los legisladores, dispersarse por Paris, gritar á las armas y correr á las barricadas. Empezar resistiendo constitucionalmente, y si nada conseguíamos, continuar la resistencia revolucionaria, pero pronto, sin perder tiempo.

La iniquidad, decia yo, debe atajarse en su origen, porque seria grave falta que consintiésemos que las horas transcurridas aceptasen un atentado. Cada minuto que pasa es un cómplice que aprueba el crimen. Temed las acciones inícuas que se llaman hechos consumados.

Muchos de los representantes apoyaron enérgicamente esta opinion, entre otros Edgar Quinet, Pelletier y Doutre.

Michel de Bourges formuló contra mi opinion objeciones graves. El instinto me impulsaba á empezar en seguida; él estaba por ver venir. Segun su dictámen, era peligroso precipitar el desenlace. El

golpe de Estado estaba organizado, pero el pueblo no, y por eso habia caido en el lazo. Era preciso no hacerse ilusiones; las masas no se sublevaban, en los arrabales habia tranquilidad profunda; las masas estaban sorprendidas, pero no indignadas. El pueblo de Paris, que es tan inteligente, no comprendia aun la trascendencia de lo sucedido.

Michel añadia además:—“No estamos ya en 1830. Carlos X, al arrojar á los 221, se expuso á recibir el desaire de que los 221 volvieran á ser reelegidos; pero no nos encontramos en semejante situacion. Aquellos 221 eran populares y la Asamblea actual no lo es. La Cámara que se disuelve injuriosamente, pero que sostiene el pueblo, tiene la seguridad de vencer. El pueblo que se sublevó en 1830 hoy permanece en la inaccion. Es presa, esperando ser víctima.” Michel de Bourges estaba convencido de que era preciso dar tiempo al pueblo para que comprendiese, para que se irritase y para que se sublevase. Tenia la idea de que seria temerario en los representantes forzar la situacion. Ir inmediatamente al encuentro de las tropas seria querer que nos ametrallasen inútilmente y privar á la generosa insurreccion del derecho de sus jefes naturales, que son los representantes del pueblo. Eso seria cortar la cabeza á los jefes de las huestes populares.

El aplazamiento era conveniente; no debíamos dejarnos arrastrar por la pasion, sino reservarnos; porque dar rienda al entusiasmo seria perder la batalla antes de empeñarla. Por lo tanto no debíamos concurrir á la reunion convocada por la derecha para el medio dia, porque todos los que asistiéramos á ella seríamos presos, y debíamos permanecer libres, apercebidos y serenos para poder obrar con la ayuda del concurso del pueblo. Cuatro dias de agitacion sin combate fatigarian al ejército. A pesar de sus ideas, Michel era de opinion de comenzar la lucha fijando simplemente en la esquina el art. 68 de la Constitucion. La dificultad consistia en encontrar quién lo imprimiera.

Michel de Bourges poseia la experiencia de los procedimientos revolucionarios que á mí me faltaba. Conocia ya de muchos años lo que eran las masas y obraba con prudencia. Además, habia que convenir en que todas las noticias que íbamos recibiendo corroboraban su opinion y contradecian la mia. Paris estaba muy abatido. Mientras el ejército del golpe de Estado lo invadia, ni si-

quiera rasgaba los carteles. Casi todos los representantes allí presentes, hasta los más intrépidos, pensaban como Michel, en esperar y en ver venir. "La noche próxima, decía, comenzará el hervor, y es preciso dar tiempo al pueblo para que comprenda lo que le sucede. Si empezásemos en seguida nos expondríamos á quedarnos solos, porque no conseguiríamos arrastrar al pueblo. Dejémosle que se vaya indignando poco á poco." Oyéndoles, yo mismo estaba conmovido. Quizá tenían razón, quizá sería para nosotros una falta perjudicial dar inútilmente la señal del combate. Levantar la voz, lanzar un grito, encontrar un impresor, era lo primero que necesitábamos. Era preciso ver si quedaba alguna imprenta libre.

El anciano y bravo coronel Forestier, antiguo jefe de la 6.^a legión, llamándonos aparte á Michel de Bourges y á mí, nos dijo:—Escuchadme; he sido destituido y soy de los vuestros; ya no mando mi legión: nombradme en nombre de la izquierda coronel de la 6.^a, firmándome una orden, y salgo en seguida y hago tocar llamada. Dentro de una hora la legión estará sobre las armas.

—Coronel, le respondí, haré más que firmaros una orden; os acompañaré.

Volviéndome hácia Charamaule, que tenía el coche en la calle á la puerta de la casa, le dije:

—Venid con nosotros.

Forestier contaba con seguridad con dos jefes de batallón de la 6.^a Acordamos ir á sus casas inmediatamente, y que Michel y los otros representantes irían á esperarnos á casa de Bouvalet, en el boulevard del Temple, cerca del café Turco.

Salimos de allí.

Atravesamos París, notando ya en él cierto hormigueo amenazador: multitud inquieta llenaba los boulevares; los transeúntes se hablaban sin conocerse, lo que era señal evidente de ansiedad pública, y los grupos conversaban en alta voz en las esquinas de las calles. Las tiendas se cerraban.

—París se anima, exclamó Charamaule, que había recorrido la ciudad desde la madrugada, observando con tristeza la apatía de las masas.

Encontramos en sus casas á los dos jefes de batallón con los que contaba el coronel Forestier. Eran dos ricos negociantes en lienzos, que nos recibieron con cierto embarazo. Los dependientes de las tiendas se agrupaban á los cristales

para vernos pasar. Sin embargo, uno de los dos jefes renunció á un viaje que debía emprender aquel mismo día y nos prometió su concurso.—No os hagais ilusiones, nos dijo; como todos prevén que habrá matanzas, acudirán pocos hombres.

El coronel Forestier añadió:—"Watrin, coronel actual de la 6.^a, no es muy amante de los golpes de Estado; quizás me entregue el mando amistosamente. Voy á verle y luego iré á juntarme con vosotros en casa de Bouvalet." Cuando llegamos Charamaule y yo á la Puerta de San Martín, bajamos del carruaje y continuamos á pié por el boulevard, para ver más de cerca los grupos y examinar bien el aspecto de la muchedumbre.

Las últimas nivelaciones de la vía pública han convertido el boulevard de la puerta de San Martín en un barranco profundo que dominan dos escarpaduras; en lo alto de las escarpas están las aceras, guarnecidas de antepechos. Los coches caminan por el barranco y los que van á pié por las aceras.

En el momento de llegar al boulevard, una columna larga de infantería desembocaba en el barranco á tambor batiente.

Inmenso y apiñado gentío cubría las dos aceras del boulevard de San Martín; multitud de obreros con blusa se apoyaban de codos en los antepechos. Cuando la columna comenzaba el desfile por delante del teatro de la Puerta de San Martín, el grito atronador de ¡Viva la República! salió de todos los labios, como si lo hubiera lanzado un solo hombre. Los soldados continuaron avanzando silenciosamente; parecía que acortaban el paso y que algunos mirasen á la muchedumbre con aire indeciso. ¿Qué significaba el grito de Viva la República? Era una aclamación? ¿Era una rechiffa?

Me pareció en aquel instante que la República levantaba la cabeza y que el golpe de Estado bajaba la frente.

Mientras esto pensaba, Charamaule me dijo:—Os han conocido.

En efecto, en la altura de Chateau d'Eau me rodeó la muchedumbre. Algunos jóvenes gritaron:—"¡Viva Víctor Hugo!" Uno de ellos me preguntó:

—Ciudadano, qué debemos hacer?

—Romper los sediciosos carteles del golpe de Estado y gritar:—"¡Viva la Constitución!"

—Y si nos echan una descarga? me preguntó un obrero joven.

—Entonces haced uso de las armas.

—Bravo! gritó la muchedumbre.

—Luis Bonaparte es un rebelde que se mancha hoy con todos los crímenes. Nosotros, que somos los representantes del pueblo, le declaramos fuera de la ley; pero sin necesidad de nuestra declaración, su traición le saca de la ley. Ciudadanos: usad las dos manos; con la una tomad el derecho y con la otra el fusil, y levantaos contra Bonaparte.

—Bravo! bravo!

Un comerciante que cerraba la tienda me dijo:

—No habéis tan alto; si os oyen os fusilarán.

—Pues bien, repliqué; si me fusilaran pasearíais mi cadáver, y de ese modo mi muerte sería útil para que se cumpliera la justicia de Dios.

Todos gritaron:—Viva Víctor Hugo!

—Gritad viva la Constitución! les dije. En seguida el grito atronador de ¡Viva la Constitución! Viva la República! salió de todos los pechos.

El entusiasmo, la indignación y la cólera relampagueaban en todos los ojos. Creí entonces, y sigo aun creyendo, que quizá fué aquel un instante supremo. Tentaciones tuve de apoderarme de la muchedumbre y de comenzar el combate.

Charamaule me contuvo, diciéndome en voz muy baja:

—Provocaríais una descarga inútil; todos van desarmados: la infantería está á dos pasos de nosotros y la artillería viene.

Varias piezas de artillería enganchadas desembocaban al trote largo por la calle de Bondy. Que Charamaule me aconsejase moderarme me impresionó, pero consejo dado por hombre tan intrépido no podía ser sospechoso para mí. Además, me creía obligado á cumplir lo que acordamos en la calle Blanche.

La muchedumbre se apiñaba á nuestro alrededor, y acabamos por andar con mucha dificultad; pero, sin embargo, teníamos que acudir á la cita de la casa de Bouvalet.

Súbitamente un hombre me tendió los brazos: era Leopoldo Duras, redactor del *Nacional*.

—No paseis adelante, me dijo en voz baja; el restaurant Bouvalet está cerca. Michel de Bourges iba á arengar al pueblo cuando llegó la tropa; le ha costado mucho trabajo salir de allí. En dicho restaurant han prendido á varios representantes que estaban reunidos, y

los demás volverán á reunirse en la calle Blanche. Vengo buscándoos para deciroslo.

Charamaule hizo una seña á un cochero que pasaba con un cabriolé, subimos en él y nos siguió la multitud gritando: Viva la República! ¡Viva Víctor Hugo!

Luego supe que en aquel instante llegaba al boulevard una sección de agentes de policía que iba á prenderme. El cabriolé marchó á escape. Un cuarto de hora despues entrábamos en la calle Blanche.

VIII.

Violación de la sala.

Las siete de la mañana el puente de la Concordia estaba solitario; la gran verja del palacio de la Asamblea estaba cerrada; al través de los barrotes se veían los escalones de la gradería donde se proclamó la República el 4 de Mayo de 1848 llenos de soldados, y se distinguían también los pabellones de armas en la plataforma, detrás de las altas columnas que desde el tiempo de la Constituyente, desde el 15 de Mayo y el 23 de Junio, ocultaban obuses de montaña cargados.

Un portero, que llevaba el uniforme de la Asamblea con el cuello de la levita rojo, estaba á la puerta de la verja. Iban llegando los representantes. El portero les preguntaba:—¿Los señores son representantes? y les abría. Llegaban sin obstáculo hasta las habitaciones de M. Dupin. En la galería principal, en el comedor, en el salón de la presidencia, había ujieres con librea que, como de costumbre, abrían las puertas silenciosamente.

Antes de hacerse de día, en cuanto supo la prisión de los cuestores Baze y Lefló, M. Panat, único cuestor que quedaba libre, desdeñado sin duda como á legitimista, fué á despertar á M. Dupin y le excitó á que convocara á domicilio á los representantes. M. Dupin le dió esta extraña respuesta:—No veo que haya urgencia.

Casi al mismo tiempo que M. Panat, acudió el representante Gerónimo Bonaparte, que pidió á M. Dupin que se pusiera al frente de la Asamblea. M. Dupin le respondió:—"No puedo, porque estoy vigilado." Gerónimo Bonaparte se echó á reír. Ni se dignaron siquiera poner un centinela á la puerta de la habi-

tacion de Dupin; creian sin duda que le protegía su propia bajeza.

Más tarde, cerca ya del medio día, tuvieron conmiseracion de él; comprendieron que le despreciaban demasiado y acordaron ponerle dos centinelas.

A las siete y media estaban reunidos en el salon de M. Dupin quince ó veinte representantes, entre otros Eugenio Sué, Joret de Bessegnier y de Talhouet. También, como Gerónimo Bonaparte, hicieron esfuerzos para convencer al presidente.

M. Dupin, apartado del grupo de los representantes, solo, vestido de negro, con las manos echadas atrás y la cabeza inclinada, se paseaba de arriba á bajo por delante de la chimenea, en la que ardía buen fuego. Hablaban de él en voz alta en su propia presencia y en su casa, pero él parecía que no oía nada. Benoit y Cristin, miembros de la izquierda, entraron en el salon; el último se fué en derechura hasta M. Dupin y le dijo:

—Señor presidente, ya sabreis lo que pasa; ¿cómo es que no se ha convocado aun la Asamblea?

Dupin suspendió su paseo y respondió con el movimiento de hombros que le era peculiar:

—Porque no hay nada que hacer.

Después continuó paseando.

—Esto es muy chocante, dijo M. de Bessegnier.

—Demasiado, añadió Eugenio Sué.

Todos los representantes salieron del salon.

Entre tanto el puente de la Concordia se cubria de tropas. El general Vasi-Vimeux, flaco, viejo, pequeño, de gran uniforme, con sombrero bordado en la cabeza, cargado con enormes charreteras, ostentando la banda, no de representante, sino de general, recorría el puente á pié y dirigía á los soldados gritos inarticulados de entusiasmo en favor del imperio y del golpe de Estado. Figuras como la de aquel general se veian en 1814; pero en vez de llevar una escarapela grande tricolor llevaban escarapela grande y blanca: en el fondo el mismo fenómeno; viejos que gritan:—“Viva lo pasado!”, Casi al mismo instante M. de La Rochejaquelein atravesaba la plaza de la Concordia, rodeándole multitud de hombres de blusa, que le seguian en silencio y con curiosidad. Varios regimientos de caballería estaban escalonados en la gran avenida de los Campos Elíseos.

A las ocho, fuerzas imponentes cerca-

ban el palacio legislativo, cuyas puertas estaban cerradas y cuyos alrededores estaban vigilados. Esto no obstante, llegaban aun algunos representantes y entraban en palacio, no como equivocadamente se ha dicho por el pasaje del hotel del presidente, sino por la puertecilla de la calle de Bourgogne, conocida por la Puerta Negra, que, no sabemos si por olvido ó por combinacion, permaneció abierta el 2 de Diciembre hasta cerca del medio día. La calle de Bourgogne estaba llena de soldados; pelotones esparcidos aquí y allá, en la calle de la Universidad, permitian la circulacion de los pocos transeuntes que pasaban.

Los representantes que entraban por dicha puerta llegaban hasta la sala de las conferencias, en donde se encontraban con sus colegas, que habian entrado por casa M. Dupin.

En la citada sala se formó muy pronto un grupo muy numeroso de representantes pertenecientes á todas las fracciones de la Asamblea. Cada uno de los que iban llegando preguntaba á M. de Panat:

—¿Dónde están los vicepresidentes?

—Presos.

—Y los otros dos cuestores?

—Presos tambien. Y os ruego, señores, qué creais, añadía M. de Panat, que no he influido en nada para que se me infiriera la afrenta de no prenderme tambien.

La indignacion llegó á su colmo; todas las opiniones se confundian en el mismo sentimiento de menosprecio y de cólera, y M. Bessegnier era tan enérgico como Eugenio Sué. Por primera vez parecía que la Asamblea solo tenia un corazon y una voz. Cada cual juzgaba al hombre del Eliseo con imparcialidad de criterio, comprendiéndose ya entonces, sin que nadie se hubiera dado cuenta de ello, que hacia tiempo que Luis Bonaparte habia conseguido tener perfecta unanimidad, la unanimidad del desprecio.

M. de Panat iba de un grupo á otro, anunciando á los representantes que habia convocado la Asamblea á la una. Pero era imposible esperar hasta esa hora, porque el tiempo apremiaba. En el palacio de Borbon, como en la calle Blanche, el pensamiento general era que cada hora que pasaba fortalecia el golpe de Estado; cada cual sentia como un remordimiento pesarle el silencio ó la inaccion; el círculo de hierro se estrechaba; la oleada de soldados seguía sin cesar é

invadía el palacio; á cada instante se doblaba el número de centinelas á las puertas. Aunque el grupo de representantes reunidos en el salon de conferencias se respetaba aun, necesitaban obrar, hablar, ocupar sus asientos, luchar, no perder un instante.

Gambou dijo:—“Escitemos otra vez á Dupin; es nuestro representante oficial y le necesitamos.” Fueron á buscarle, pero no le encontraron. No estaba, se habia ausentado, habia desaparecido, se habia evaporado. Nadie sabia dónde. La traicion tiene escondrijos desconocidos.

De repente entró en la sala un hombre que era extraño á la Asamblea. Vestía uniforme de oficial superior y llevaba la espada al cinto. Era un jefe del batallon del 42.º de línea, que venia á requerir á los representantes para que abandonasen su casa. Tanto los republicanos como los monárquicos se lanzaron sobre él indignados, segun lo refirió un testigo ocular. El general Leydet le dirigió palabras de esas que no caen en el oido, sino en la mejilla.

—Cumpló mi deber, obedezco á la signa, balbuceó el oficial.

—Sois un imbécil si creéis que eso es cumplir con vuestro deber, y sois un miserable si sabéis que cometeis un crimen, le replicó Leydet. Oís lo que os digo? Incomodaos si os atreveis.

El oficial no creyó prudente irritarse y contestó:

—Segun eso, señores, ¿no queréis retiraros?

—No.

—Pues voy á traer la fuerza.

—Traedla.

El oficial se retiró y fué á tomar órdenes del ministerio del Interior.

Los representantes esperaron con impaciencia indescriptible lo que podría muy bien llamarse la violencia sofocando al derecho. Pocos momentos después volvió uno de los representantes que habia salido á hacerles saber que dos compañías de gendarmería móvil llegaban armadas de fusiles.

Marc Dufraisse exclamó:

—Que sea completo el atentado! ¡Que el golpe de Estado nos encuentre en nuestros puestos! ¡Vamos á la sala de sesiones! Una vez allí, vemos el espectáculo real y vivo de un 18 Brumario.

Como tenían el paso libre penetraron en la sala de las sesiones. La tropa no habia ocupado aun la sala Casimir-Périer. Eran unos sesenta los representan-

tes; varios llevaban bandas puestas y todos entraron en la sala con el mayor orden.

Una vez allí, M. de Bessegnier, con el objeto de formar un grupo más compacto, quería que se instalasen todos en el lado derecho.

—No, contestó Marc Dufraisse, cada uno á su banco.

Fué obedecido y cada cual ocupó su sitio de costumbre.

M. Monet, que se sentaba en uno de los bancos inferiores del centro izquierdo, tenía en la mano un ejemplar de la Constitucion.

Transcurrieron algunos minutos en los que nadie hablaba, reinando allí el silencio de espera que precede á los actos decisivos y á las crisis finales, en el que cada uno parece escuchar respetuosamente las últimas instrucciones de la conciencia.

De repente, soldados de gendarmería móvil, que precedía un capitán con la espada desenvainada, aparecieron en el umbral de la puerta. Violaron las salas de las sesiones. Los representantes, levantándose de todos los bancos á la vez, gritaron:—“Viva la República!”, Después se volvieron á sentar.

En pié solo permaneció el representante Monet, que con voz enérgica é indignada, que retumbó en la sala como un clarín, mandó á los soldados que no pasaran adelante.

Paráronse, en efecto, mirando á los representantes con asombro.

Los soldados solo habian ocupado el vestibulo de la izquierda; no habian llegado aun á la tribuna.

El representante Monet leyó los artículos 36 y 37 de la Constitucion, que consagraban la inviolabilidad de los diputados, y el artículo 68, que destituía al presidente en el caso de traicion.

Aquel momento fué solemne. Los soldados escuchaban en silencio.

Cuando terminó la lectura de los artículos, el representante Adelsward, que estaba sentado en el primer banco inferior de la izquierda, el más inmediato á los soldados, se volvió hácia ellos y les dijo:

—Soldados, estais viendo que el presidente de la República es un traidor, y pretende que vosotros seais tambien traidores, haciéndoos violar el sagrado recinto de la representacion nacional. En nombre de la Constitucion, en nombre de las leyes, os mandamos salir de aquí. Mientras Adelsward hablaba, entró el